



Oleos de Xavier Pousa

He aquí un ejemplo de pintor entregado a su oficio con la total fruición del colorismo; con el goce íntimo y extrovertido a un tiempo de pintar, de captar transformando o idealizando cuanto le rodea, símbolo de la actitud de la escuela impresionista francesa, que tendría después importantes epígonos en España, a todos los cuales alude indirectamente Xavier Pousa en esta muestra en la nueva Sala de la Caja de Ahorros, haciendo más verdad que nunca el aforismo dorsiano de que en arte, todo lo que no es tradición es plagio.

A Pousa le importan los impresionistas más puros, y más que ninguno, Claude Monet. Pero hay también una furia contenida en sus manchas que le llevan a identificarse con el pre-impresionismo de Van Gogh, de quien es pariente plástico cercano, y con nuestros Beruete y Joaquín Mir y hasta si apuramos un poco, con el fauvismo de lo más característico de Benjamín Palencia, como en "Campos no vran". Pero aún habría que citar el intimismo de Degas en ciertas composiciones de figuras, admitiendo el parentesco sólo en el concepto, no en la forma ni muchos menos en la técnica, que aquí es más remansada, menos nerviosa que en el francés y que en el resto de la muestra de Pousa y aludir al gran padre de toda la pintura moderna, a Goya, en el retrato de la vitrina, una cabeza noble, serena, hecha con dos

colores, con mínima materia que deja transparentar la trama de la tela; una figura donde el cabello y los ojos profundos, inquisidores y nostálgicos a un tiempo en la expresión, son eje y envoltura de unas carminaciones suaves donde los detalles anatómicos son apenas veladura.

Pousa es el pintor, el hombre cuya cabal formación intelectual o no asoma a su pintura o queda tan tamizada, que parece que no le han preocupado otros problemas que los puramente cromáticos al tomar la paleta. Y en sus paisajes hay dos modos que conviene diferenciar, aunque en definitiva su separación sea bastante caprichosa. Uno de ellos es el que podríamos llamar "descriptivo", donde el lugar llevado al cuadro está minuciosamente reflejado, con un cierto documentalismo de precisiones que el artista ha sabido salvar con una mancha enérgica, suelta, sin temor a la abundante materia, pues la pincelada siempre está valorada. Otro es el que el motivo constituye disculpa para sólo pintar, para hacer pintura-pintura. En esa línea, en nuestro criterio la mejor, hay dos paisajes magníficos, sin reservas, y ahí es donde se acusa más claramente la parentela espiritual con el Monet de las catedrales a todas las luces del día y de la noche: "Solpor", donde el sol es cegador, rutilante, incluso girador, aunque Pousa se ha cuidado mucho de evitar la pincelada en espiral que le identificaría en exceso con la arrolladora personalidad de Van Gogh, y "Nevoeiro no río", un juego delicioso en



azules y grises, bajo los que hay rosas, amarillos y carmines. He aquí la pura pintura, sin más disculpas que el captar y dominar la atmósfera, sin asideros figurativos que sirvan de referencia. El artista se ha entregado a la creación, a la transformación tras la aprensión quintaesenciada de un muestrario de luces desvaídas, sutiles, absolutamente cambiantes y ultra perecederas.

A caballo entre una y otra forma, entre estos aciertos totales y aquellos esfuerzos mayores, la criatura resultante, "Fonte Fría", donde el paisaje es verdaderamente un estado del alma, porque el artista lo representa no sólo en su identidad física, más o menos precisa, sino transformado por una carga poética que sin embargo no ha restado verdad ni ha literaturizado el tema.

No solemos ver hoy figura en los grandes coloristas, pero Pousa ha ido a ella, de múltiples formas: en las escenas de género, donde la anécdota ha sido salvada por la categoría del pintor, o en el desnudo idealizado, figura femenina con un rostro tan ejemplar, tan enigmático y grato que parece mitológico. Una de esas criaturas enamorantes, ficticias como la Venus que de la concha hizo nacer Botticelli.

No teme Pousa los colores puros aparentemente agrios, como cobaltos y amarillos, como carmines y verdes Veronés. Sabe el papel que la retina del espectador ha de jugar en la amortización y fusión de los tonos y

sabe dosificar la gama sin eludir tampoco el grumo, el toque enérgico, en marcha vertical reiterada o en toque casi puntillista.

Xavier Pousa nos da en su exposición la pintura-pintura de ayer y de hoy, de siempre, lejos de cerebralismos complicantes: un espectáculo, en fin, de goce y felicidad con el arte.

Francisco Pablos
Faro de Vigo, 14 de Maio de 1970